



EL CHUCUITO

....nave artillada con la que el entonces Coronel Esteban Huertas, en su calidad de Comandante, escribió páginas inolvidables de valor y de estrategia como la desplegada en la bocana de Aguadulce.

Costumbres del General Huertas

Era el General Esteban Huertas un hombre excesivamente modesto y sencillo que le gustaba alternar con los elementos más humildes del pueblo. Hacía la caridad a manos llenas y cuando vivía en su residencia de "Quebrada Caballero" en Pocrí de Aguadulce, ordenaba preparar diariamente grandes cantidades de desayunos y comidas que en tres largas mesas le servía a todos los pobres que acudían a su casa. Las iglesias de algunos pueblos del interior de la República recibieron donaciones y dádivas de él. Sentía el General Esteban Huertas un gran placer y una satisfacción íntima contribuir con su pecunio para cualquier obra de caridad o de mejoramiento cultural o social que se le solicitara. Católico ferviente fue muy devoto de la Virgen del Carmen y emocionaba ver aquel hombre valeroso que no había sabido nunca de temores ni de dobleces, arrojarse conmovido a rendirle el culto de su fe y de su adoración a "Mi Virgencita", como él la llamaba. Se levantaba a las 4 de la mañana y después de rezar sus oraciones iba directamente al baño, donde se afeitaba para enseguida comenzar sus faenas y trabajos diarios. Pero eso sí, a las 8 de la noche ya estaba durmiendo y le disgustaba enormemente que lo llamaran. Le placía al General saborear en la intimidad los recuerdos de sus hazañas guerreras y recordar con cariño los factores más importantes que intervinieron o influyeron en ellas. Por eso al valiente toro que tenía en su hacienda "LA ESTRELLA" lo llamaba "Batallón Colombia" y a sus dos perros bravos y finos que había traído de Europa les puso respectivamente los nombres de "CHUGUITO" y "TUMACO".

El General Esteban Huertas quiso a esta tierra entrañablemente, y a pesar de haberse llevado hasta la tumba las grandes y dolorosas decepciones que ocasionan la ingratitud y la incomprensión, se sentía feliz y orgulloso cuando, refiriéndose a la República de Panamá, decía: "ESTA ES MI OBRA".

En su Hacienda "La Estrella"



El General Huertas con un grupo de sus amigos en su Hacienda "La Estrella" hoy propiedad de los hermanos Chiari. Parados, de izquierda a derecha: Capitán Luis Robles, Gabriel Rodríguez, Coronel Rogelio Donado Ponce y don Gil Vargas. Sentados, en la misma dirección: don José Isabel Méndez, el General Esteban Huertas y don Eduardo Antonio Pedreschi.

Poseía el General Huertas una cultura connatural y espontánea que lo hacía muy respetuoso y cordial hasta con los desheredados de la suerte, es decir, con la gente sencilla, pobre y humilde que vive en constante y afanosa lucha por su existencia.

Se inclinaba respetuoso al encuentro de una religiosa o de un sacerdote, y a las Monjas o Hermanas de la Caridad les decía cariñosamente: "Mis Madrecitas". El General no guardó en su corazón, odios ni rencores para nadie; por eso cuentan algunos de los que fueron sus prisioneros de guerra, durante la revolución que azotó al Istmo, que acostumbraba todos los días visitarlos en sus celdas, preguntarles por el trato que recibían de los carceleros y enviarles luego con sus Ordenanzas, cigarrillos, peinillas, toallas, pantuflas y jabones.

Esta su innata cultura, su don de gentes y su intachable conducta de caballero, conducta que fue siempre la misma en todos los ambientes en que alternara, le conquistaron al General Huertas legiones de amigos y simpatizadores en los diferentes sectores sociales de Panamá, al extremo de que los Domingos, en la mañana, cuando desfilaba por el Parque de Catedral al mando de su "Batallón Colombia" hacia la Santa Iglesia a oír misa, hombres, mujeres y niños se situaban en las aceras para verlo y saludarlo. Y precisamente por esa espontánea simpatía que brotaba en el pueblo panameño hacia él, se le consideraba entre los suyos y vemos que casi todas las puertas de los hogares istmeños se abrían para recibirlo con cariño y testimoniarle la sincera simpatía que les inspiraba.

Y no podía esperar ni sucederle otra cosa al General Huertas en Panamá, si consideramos las circunstancias mencionadas: él había llegado al Istmo apenas de 14 años, había convivido sus horas de alegrías y de triunfos con los panameños, y con ellos se había identificado también su espíritu, en los momentos de adversidad y de tragedia.

Huertas tenía que querer a esta tierra y se sentía obligado para con ella por razones sentimentales y por los irrompibles lazos de familia. Aquí había fundado su hogar con una panameña y aquí había nacido su hijo!

Cuando llegó al Istmo, herido en carne viva por los dolores de la ausencia del hogar, aquí, como ya queda apuntado, encontró el edificante calor hogareño, que nunca había experimentado, y que le hizo menos dura su existencia y las horas de su primera juventud, nostálgica de las caricias paternas. Por to-

do esto, indudablemente, cuando el pueblo panameño, cansado del trato injusto de que era víctima de parte de Colombia, se irguió para alcanzar su libertad e independencia política, el General Huertas, que tenía en su poder la llave eficaz para tan alta realización, no vaciló un instante, y sin importarle lo que de él pudieran decir y pensar sus compatriotas, ni el insulto y la diatriba de los incomprensivos e injustos, facilitó esa llave al pueblo de Panamá, en gesto heroico e imponderable, que la Historia nuestra ya ha recogido en sus mejores páginas y que compromete definitivamente la justa gratitud de los panameños todos.

NOVIAZGO Y HOGAR

En la Plazuela de Alfaro, hoy "Plaza 2 de Enero", vivía la honorable familia Jované, formada por don Santiago y su esposa doña Benigna, a quienes acompañaban también algunos parientes.



*Don Pablo Pinel,
....compadre del General.*

Ocupaban los Jované la casa de dos pisos, donde hoy reside don James A. Moore y su familia, casa actualmente distinguida con el número 1 y situada frente al "Hotel San José". A esta casa habían llegado en los últimos días del año de 1901, numerosas familias sancarleñas, entre ellas las Guardia, las Donado, las Jaén y las Ponce. Todas huyendo de las persecuciones y de los atropellos que por esos pueblos del interior, del entonces Departamento de Panamá, cometían tanto liberales como conservadores.

Fue allí donde conoció el General Esteban Huertas en un bautizo que se celebraba el día 2 de Mayo de 1902, a la señorita Joaquina Ponce, que más tarde debería ser su esposa. La señorita Ponce era hija de don Joaquin Ponce Jaén y de doña Carmen Fierro Plicet de Ponce. A los 8 meses de enamorado,

el General Huertas pidió la mano de su novia pero sus padres, alegando motivos sentimentales, se opusieron a ello. El General, que había ganado tantas batallas no podía perder ésta, la más emocionante quizá de toda su vida y por eso insistió el día 8 de octubre, fecha en que obtuvo el consentimiento anhelado. El matrimonio tuvo lugar el día 8 de Enero de 1903 en ceremonia privada, debido a las circunstancias de la guerra, en el Obispado de esta ciudad, oficiada por Monseñor Javier Junguito, Obispo de Panamá. Actuaron como padrinos el Dr. Emiliano Ponce Jaén—tío de la desposada—y su señora esposa doña Petita Almillátegui de Ponce. De este matrimonio, nació el hijo del Prócer el día 5 de octubre de 1903, a las 8 de la mañana que bautizaron en la Capilla de la Merced, el día 26 del mismo mes y año, siendo sus padrinos don Pablo Pinel, padre de doña Cecilia Pinel viuda de Remón, y doña Carmen Fierro de Ponce, abuela del niño.

El General Esteban Huertas, después de su matrimonio, fue a residir a calle 1a. de esta ciudad, en la casa de dos pisos que denominaban “LA CASA DE LAS PACHECO”, donde precisamente nació su hijo. Escogió esta residencia porque desde sus balcones podía distinguir y localizar todos los movimientos tanto de las tropas que estaban en el Cuartel de Chiriquí como de las que se encontraban a veces en el Paseo de Las Bóvedas hoy “PASEO GENERAL ESTEBAN HUERTAS” por el querer del Ex-Presidente don Ricardo Adolfo de la Guardia, quien siempre ha sentido sincero cariño, profundo respeto y admiración por la memoria y el recuerdo del Prócer desaparecido.



Matrimonio Huertas-Ponce.

Se casa el General.

Tenso Ambiente Panameño

“Yo presentía — dice el General Huertas al comenzar sus Recuerdos Históricos — que tarde o temprano el Istmo de Panamá tenía que buscar su Independencia de Colombia. Habían sucedido hechos de tanta trascendencia que mantenían sumamente descontentos y heridos a los panameños. Por ejemplo, se había negado el Tratado HERRAN-HAY por parte del Senado colombiano y se habían cometido atropellos e infamias como el zarpazo que le dió el General José Vázquez Cobo de \$25.000 (veinticinco mil pesos) a la Administración de Hacienda del Departamento de Panamá, el empastelamiento de la Imprenta “El Lápiz”, propiedad del señor José Sacrovis Mendoza, quien fue también brutalmente estropeado dentro de sus talleres; las prisiones y ultrajes a jóvenes altivos y valientes como Rodolfo Aguilera y otros, por el hecho de que hacían públicos estos atropellos de algunos militares, y, como si fuera poco todavía el crimen bárbaro y cobarde cometido en la persona del poeta León A. Soto quien, pocos días después de haber recibido una “diana” de azotes y de palos, murió a consecuencia de ello. Además, el Gobierno Central, que quedaba muy distante, no se preocupaba ni por la salud de los panameños ni por el progreso material y cultural del Istmo de Panamá, que continuamente sufría los estragos, la destrucción y la muerte que les causaban tanto las epidemias como las guerras civiles”.

“Estaba seguro de que el pueblo panameño pelearía por su Independencia y que yo tendría que intervenir y ser actor en



Poeta León A. Soto.

“Primer mártir de la Independencia del Istmo”.

esos hechos, ya que mis relaciones sociales en Panamá adonde había llegado muy joven, donde había formado mi hogar y donde tenía un hijo, me colocaban en una situación delicada que habría de resolver con valor y decisión al lado de quienes tenían la razón, el derecho y la justicia”.

“Pero pensaba además que no debían los panameños — y eso lo pensaba yo solo y no se lo decía a nadie — buscar para su Independencia el apoyo de otra Nación ni de otro Pueblo. Y lo pensaba así, porque tenía la seguridad de que después de realizada, los auxiliares o colaboradores le cobrarían intereses muy altos a la nueva República que tendría que pagar y sufrir a través de muchísimas generaciones.

“Pensé así mismo, que el pueblo de Panamá tenía otros recursos para lograr su Independencia, sin ese apoyo de los poderosos, que sería sin duda un apoyo marcadamente interesado y comercial, donde el fuerte solo estaría viendo sus negocios y sus ganancias mientras que el débil sería constantemente exprimido y compelido a cumplir sus onerosos compromisos.



Rodolfo Aguilera.
Periodista

“Fue perseguido y encarce-

Día 1º de Octubre de 1903

“A las 7 de la noche como era su costumbre, estuvo en el Cuartel mi compadre Pastor Jiménez y conversamos sobre muchas cosas. Se quejaba él, de que: “nos tenían abandonados y no se hacía nada por el Istmo”; también me dijo que había mucho descontento en el pueblo panameño y que en todas partes hablaban muy bien de mi porque yo siempre intervenía

podía abandonarlos por el querer y el capricho de mis jefes y que en último caso si las cosas se agravaban pediría mis cartas de Cuartel y mi baja retirándome del Ejército. Mi compadre se puso nervioso y parándose de la banca donde estaba sentado, me dijo: “eso nunca, eso nunca compadrito”.

Día 2 De Octubre De 1903

“Ese día solo tuve un problema hogareño al sentirse mi esposa un poco mal como consecuencia del estado avanzado de gravidez por lo que mandé a buscar al Dr. Manuel Amador Guerrero y a su tío el Dr. Emiliano Ponce Jaén quienes me la atendieron y la mejoraron notablemente”.

Día 3 de Octubre de 1903

“Toda la mañana la pasé ocupado con ejercicios del Batallón y la revista e inspección al “parque”. Terminados estos ejercicios se me acercaron un rato después los jóvenes Enrique (Ossita) de la Ossa y Antonio Alberto Valdés ambos de la sociedad panameña, que siempre venían y entraban al Cuartel, por lo que ya todos los Oficiales y soldados los conocían y estaban al tanto de que gozaban de mi entera confianza. Les pregunté, qué había de nuevo y ellos me dijeron que por todas partes se hacían muchos comentarios en el sentido de que a mi se me iba a trasladar nuevamente a Colombia. Que también había mucho descontento por los atronellos que se habían



Día 4 De Octubre De 1903

“Toda la noche la pasé en la casa, debido a que mi esposa estuvo un poco intranquila y se sentía con síntomas de alumbramiento. Hasta las nueve de la noche de ese día me acompañó el compadre Pastor, quien al despedirse ya en la escalera, me dijo: “Recuerde, compadre, que será un panameño más y que hay que defenderlo. Mañana vendré a conocerlo”.

Día 5 de Octubre de 1903

“A las 8 de la mañana nació mi hijo. Como la noticia trascendiera rápidamente y estaban llegando visitas para felicitarme, a las 11 me dirigí al Gran Hotel Central con el fin de ordenar unas bebidas para hacerle un brindis tanto a los Oficiales como a los que me visitaban. Cuando llegué a la puerta del Central pude observar que en el Parque de la Catedral había mucha gente sobre todo hombres y que entre los que allí esta-



ban recuerdo a don José Agustín Arango. Crucé la calle y al llegar al parque gran cantidad de amigos se me acercaron para felicitarme, diciéndome algunos que ya sabían que me iban a cambiar de Panamá, para la frontera de Venezuela y que de Colombia vendría un gran Ejército con el fin de invadir y dominar todo el

llar en Colombia; allá no lo quieren, si se lo llevan, como se dice, Ud. no volverá a Panamá.

“Acuérdese que aquí tiene a su esposa y desde hoy un hijo y que ambos son panameños. No nos abandone, General, podríamos necesitarlo”. En las palabras de este caballero y amigo había tal emoción que me conmovieron y entonces le contesté: “Me parece tener idea de lo que se trata, no se preocupe Sr. Arango. Yo estoy atado al Istmo por una cadena conyugal y hace unas horas me ha nacido un hijo, que también es panameño. Sepa por lo tanto que prefiero separarme del Ejército antes de abandonarlos. Todo ese día fue de fiesta en mi hogar recibiendo incontables visitas y felicitaciones tanto de personas humildes del pueblo como de la alta sociedad.



Coronel Enrique de la Ossa.



*Coronel Antonio Alberto
Valdés,*

Estuvieron siempre al lado del General Huertas y en las horas más críticas le prestaron importantísimos y oportunos servicios al movimiento separatista.